

Mailk Yaqub saxo y santo sufí

Javier de Cambra

El Urogallo, nº 90, noviembre 1993, ps. 63-66

Forma parte de una cierta pedantería jazzística ir a la búsqueda de malditos (de benditos sin éxito), de grandes músicos postergados por la primera línea de contratación. Si se ha dicho pedantería es porque muchas veces esta labor se efectúa con frialdad de entomólogo y, en general, con exquisito cuidado de que los reivindicados se encuentren ya unos palmos bajo tierra. Puede saberse que a los muertos se les escupe con medallas y distinciones que en vida les fueron negadas y con la clara ventaja de que los finados no pueden responder al homenaje de los imbéciles. Y disculpen es tarasca introductoria de muertos y rabia, pues no otro sentimiento invade cuando quiero hablarles de Malik Yaqub, saxofonista, pianista y compositor, nacido en Kansas City y residente en España, alguien tan ciertamente singular como un verdadero músico de jazz en nuestro territorio.

«Para mí es el músico americano más importante de los residentes en Europa», me decía, y no es poco decir, el también saxofonista de Texas, Abdu Salim. Y el trombonista Frank Lacy, en mesa *after hours*, que compartíamos, se dirigía al propio Yaqub: «Pero tú eres un verdadero músico, uno de los grandes. Tocas sólo lo que oyes en ti. No tocas otra cosa». Así lo creemos firmemente un círculo de fieles, una cierta clientela fija que siempre nos encontramos cuando Yaqub se produce. En Madrid, su base es el Populart y los ciudadanos de Valladolid, Salamanca y Málaga pueden también escuchar de vez en cuando a nuestro músico gracias a la convicción entusiasta de Mario Benso, Ricardo Carabias y Miguel Cantor.

Recientemente, Pedro Calvo confesaba en *Diario 16*, en crítica al concierto de Wynton Marsalis, que se había encaminado al Populart, con Yaqub en la cartelera, porque quería escuchar jazz *de una vez* esa noche, algo que puede chocar a los wyntonistas y seguramente a nadie más.

El resto es silencio. Silencio de quienes no le contratan (o directamente le vetan, como es el caso del Café Central), también el ruido de quienes le infravaloran y hasta la directa estulticia de una de las escuelas de jazz de Madrid, cuya nómina de profesores bien podría tomarse por un listado de alumnos, dicho sea con todo respeto, que no tiene a bien reconocer a un verdadero maestro.

Y basta ya de periferia y de entorno pues es urgente hablar de Malik Yaqub, tal vez con la urgencia con la que él mismo se expresa cada vez que sopla sobre la caña de su tenor. Fue precisamente Charlie Parker quien advirtió «si no lo has vivido, no saldrá de tu instrumento» y fue en Kansas City, precisamente a cinco manzanas de la casa de Charlie Parker, donde

nació, en 1935, Max Spears, el que con el tiempo y la fe musulmana sería Malik Osman Karriem Yaqub. Si en el patrimonio del jazz está la colección de biografías más apasionantes que pueda darse (desde Buddy Bolden-Hölderlin y Jelly Roll Morton-Caravaggio), la vida musical y espiritual de Yaqub se muestra como una constante acción en la aventura. Con él he sabido cómo se puede sentir uno cuando en el paseo es vigilado por una manada de gorilas (en Etiopía) o cuál es el pez del Mar Rojo cuya ingestión produce el más afortunado de los colocoques. Pero antes de partir de viaje, volvamos a Kansas City donde Yaqub empieza a batir el cobre de su tenor en los primeros años 50. Kansas City tiene un lugar propio en la historia del jazz, la ciudad de la tradición de los *blues* que no vivió la gran depresión pues la mafia que controlaba la urbe no alzaba en el mercado de valores. Bennie Moten y Count Basie, Fletcher Henderson y Mary Lou Williams, la banda de Jay McShann y las *jam-sessions* hasta el amanecer: *Kansas City, can you dig it?*, como el propio Yaqub suele interpelar en sus presentaciones.

En esta primera década de ejercicio profesional, en los 50, Yaqub toca junto a Carmell Jones y Nathan Davis (en Kansas), Leo Wright y John Handy (en San Francisco), y con Elmo Hope, Bud Powell, Jackie McLean y Art Blakey (en Nueva York). Es allí donde conoce a Elijah Muhammad, patriarca de la Nación del Islam y al entonces su lugarteniente, Malcolm X. Si el primero marcará el rumbo de sus siguientes pasos, el segundo intenta que abandone el jazz, la «música del diablo». Llamado a servicio, Yaqub, que ya no Spears, se niega a incorporarse a filas (el ejército sí que es del diablo), lo que le [65] cuesta una pena de tres años de cárcel. Al término, regresa a Nueva York donde es saludado por el *Amsterdam News*, el diario de mayor difusión en Harlem: «Para algunos, es el mejor desde Charlie Parker».

Entonces se produce su primer viaje a Egipto, a El Cairo, donde acude con una beca de estudios de tres años en Al Azhar, la universidad-guía del mundo islámico. En El Cairo conoce a Om Kalsoum, interviene frecuentemente en televisión, protagoniza dos películas y por encargo del presidente Nasser dirige una Big Band. Estamos ya en 1967 —y la guerra de los seis días— cuando Yaqub, al frente de una sección rítmica africana, da una gira de conciertos por Sudán, Etiopía, Líbano y Grecia. Si sus estudios cairotas le han valido el título de Al Sheik Al-Azhari, en Sudán es llamado Abu El Fan (Padre del Arte) y en Etiopía, el propio Negus, Haile Selassie, le proclama «Rey del Jazz». Entre idas y venidas, Yaqub se convierte en conocedor real de diversas músicas de los países árabes y, particularmente, y en aprendizaje iniciático, en uno de los pocos que dominan los secretos de las escalas que definen la música etíope.

Ya en los setenta, Yaqub regresa a los Estados Unidos, donde como tantos (Billie Holiday, Gerry Mulligan, Art Pepper, Frank Morgan...) vuelve a prisión bajo la acusación de posesión de estupefacientes. En sus recursos frente a los Tribunales, Yaqub recuerda que sustancias consideradas tóxicas en otras culturas, como el alcohol o el cerdo, gozan de estatuto de legalidad. ¿Por

qué no las hierbas o las flores? No parece suficiente para una revisión de sentencia y esta vez son ocho los años que Yaqub contabiliza en prisión.

Establecido en San Francisco, graba en 1980 el LP *Yaqub Speaks* en el que es autor de todo el temario y toca el tenor y el piano. Tengo la fortuna de poseer una copia de este disco y les aseguro que está entre lo más fuerte que jamás haya escuchado: urgencia en los ritmos, imprevisibilidad en las melodías, singularidad absoluta en la dicción, tanto al tenor como en el piano. Una música de la que sólo puede ser autor Malik Yaqub, tal vez lo [66] más grande que se pueda decir de un músico de jazz: la irrefutable singularidad, la voz propia y la real necesidad de expresarse.

En los ochenta, Yaqub regresa a Europa: Grecia, Holanda, España. Y también Egipto, donde aparece como estrella invitada en la formación que lidera el baterista Salah Ragab (colaboración de la que existe registro grabado: Salah Ragab & Cairo Jazz Band featuring Malik Yaqub: *Blues along the Nile*). Su primera estancia en España data de 1984 y ya entonces actúa junto al grupo local Neobop (García-Azurmendi-González). Marcha de nuevo a Grecia y Egipto y regresa a nuestro país en 1988, tocando de nuevo con secciones rítmicas locales que no pueden considerarse como el óptimo emplazamiento para su ejercicio musical. Pero está el sonido de su tenor, la riqueza constante de ideas y, también, el aura de una personalidad única, la de un músico con una formación que no se parece a ninguna. En el temario que interpreta encontramos desde composiciones originales, desde luego los *blues*, pero los blues que subieron a las pirámides y fueron condecorados por el León de Judá, a canciones del repertorio popular elegidas y reconcebidas con no menos originalidad: *Bésame mucho* (fuego de Kansas City para el bolero), *Maria* (West Side Story) y *The Flintstones* o *Yabadabadú* (Los Picapiedra, efectivamente), entre otras. Se puede ir a escuchar a Yaqub cada noche que toca, que difícilmente oiremos algo que ya hayamos escuchado: *no clichés* es su consigna y empeño mi palabra, todas mis palabras hasta ahora, en que así se cumple.

En la actualidad de este otoño del 93, Malik Yaqub, y sin que, salvo las excepciones citadas, haya sido objeto, entre nosotros, del reconocimiento que merece, produce su música junto a una compañía más que deseable: el baterista Nirankar Kalsa, de Chicago, otro músico de formación excepcional en el que el *driving* jazzístico recibe aliento de la concepción de la percusión en India, y el contrabajista Iñigo Azurmendi, de Ormaiztegui, uno de los músicos de nuestra escena con una más profunda formación musical.

Mientras el jazz de músicos aficionados convencidos de su profesionalidad por la presencia en un escenario se sigue produciendo aquí y allá, el Malik Yaqub Trío pasa la mayor parte de la temporada en dique seco. Pero ya indicamos más arriba donde, de vez en cuando, actúan. Acudan, «si es que todavía son capaces de sentir», según postulaba Cecil Taylor. No creo que les defraude y esperar lo inesperado no es exactamente caer en la rutina. Malik Yaqub, saxo y santo sufí, el verdadero músico, la singularidad en su blasón.

